

SEMANA SANTA

LEON

2023



LA GUÍA DE LA SEBE





www.laguiadelasebe.wordpress.com



También en



Un paso atrás	4
Allí estaba él	6
Perdido en el Encuentro	7
Cofradías y hermandades en la Baja Edad Media leonesa	10
No hay abono para tanta simiente	12
Formando jóvenes cofrades	16
Con la música de otra parte	17
Semana Santa de Sahagún	18
Pantones papones	22
La aldea gala	24
Humor co'freak'de	26

La Guía de La Sebe
Semana Santa, abril 2023
Dep. Legal LE-310-2012.

Coordinación:
Héctor Luis Suárez Pérez y Carlos García Valverde

Diseño y maquetación:
Carlos García Valverde
www.garciavalverde.wordpress.com

Impresión: **HelloPrint**
www.helloprint.es

Cada vez más difícil

Llevamos ya veinticinco ediciones de nuestra inquebrantable “Guía de La Sebe”; ha sido un recorrido duro y difícil, puesto que hemos elegido desde el principio el camino de la más absoluta independencia y ello nos ha abocado, indefectiblemente, a la precariedad en cuanto a financiación y quizá a una cierta animadversión de los circuitos cofrades más conservadores. Nada que objetar respecto a esto último, aunque sería deseable e higiénica una cierta tolerancia y comprensión, pero todo el mundo tiene derecho a elegir y tomar partido, encastillarse en posturas tradicionalistas o abrirse de mente a nuevas formas de ver y entender los actos pasionales. En contraposición con los sectores más rancios (en la acepción tercera del DRAE, es decir, de “antigua o larga tradición”) de la pasión capitalina, nosotros abogamos, por una parte, por la conservación, mantenimiento y refuerzo de nuestra idiosincrasia semanasantera y, por otra, por la apertura de miras respecto a diversos aspectos o áreas de las celebraciones pascuales que sí que admitirían –y necesitan– una renovación urgente. Observamos, en unos casos, una excesiva bienvenida y permeabilidad a modos y maneras –especialmente estéticas, pero también conductuales– ajenos

a nuestra singladura pasional de siempre, y en este sentir podríamos incluir la abrumadora deriva sureña de gran parte de las cofradías leonesas en cuanto a tallas, tronos, enseres y músicas, cosa que lamentamos y denostamos. Por el contrario, hay parcelas en las que es no sólo deseable, sino urgente, una renovación o actualización y que, sin embargo, se hallan varadas en tiempos pretéritos, caducos y trasnochados. En este último apartado podríamos encuadrar principalmente todo el material gráfico (revistas, cartelera, ediciones...), apartado este que, en nuestra opinión y salvo algunas excepciones, sigue anclado en propuestas estéticas no sólo superadas o sobreexplotadas, sino de ínfima calidad y de pobre resultado.

En fin, seguiremos porfiando, en la medida de nuestras fuerzas, para intentar mejorar todo esto, desde la crítica más constructiva, aunque no siempre bien recibida. Buena Pascua para todos. ■

Nuevo capítulo de esta serie que aborda las variaciones sufridas en los pasos leoneses a lo largo de su historia. La presente entrega trata con carácter exclusivo de cambios habidos en parte del acervo de la cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno.

LA ORACIÓN DEL HUERTO

Aunque parece ser que esta escena ya tenía presencia en el patrimonio de la cofradía con anterioridad, la



La primitiva "Oración" (Archivo Cofradía)



La obra actual de V. de los Ríos

primera referencia fehaciente data de 1815, al encargar esta penitencial al maestro Bernardo Pérez la realización de las figuras de Cristo y un ángel de pequeño tamaño, siendo el primero una imagen de bastidor, con sólo las manos y la cabeza talladas, provista esta última de peluca. Posteriormente (1944) se sustituye el serafín por otro mayor, imagen de serie procedente de talleres catalanes, y finalmente, ya en 1952, se encarga al escultor Víctor de los Ríos la realización de las espléndidas tallas que han llegado hasta nuestros días.

EL PRENDIMIENTO

Fue en 1944 cuando la penitencial se planteó incluir por vez primera esta escenografía en su patrimonio. A tal efecto, se adquieren unas figuras de serie, con toda probabilidad procedentes de algún taller de arte cristiano de Cataluña, que



El antiguo "Beso de Judas" (Archivo Cofradía)

recogen el momento del beso de Judas al Redentor, completada la escena con dos soldados romanos. A principios de los años 60 del pasado siglo se encarga al escultor local Ángel Estrada una nueva representación de este momento pasional. El joven artista crea entonces el magnífico conjunto escultórico que procesiona en la actualidad. El trono que soporta las figuras tam-

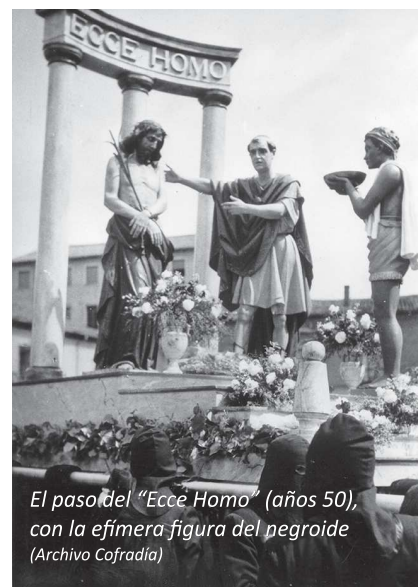
El espectacular conjunto escultórico de Estrada



bién ha sufrido variaciones a lo largo del tiempo, siendo el actual obra de Melchor Gutiérrez San Martín (1985).

ECCE HOMO

Aunque en los registros de la cofradía hay bastantes referencias a esta advocación, la secuencia de imágenes adquiridas o sustituidas es confusa. Parece ser que durante un corto periodo de tiempo desfiló una figura procedente de los franciscanos, que llegó a la penitencial por algún cambio o permuta con la comunidad capuchina. Al cabo, en 1905 se adquieren las imágenes de



El paso del "Ecce Homo" (años 50), con la efímera figura del pegroide (Archivo Cofradía)



Dos disposiciones sucesivas del paso del "Ecce Homo": con las columnas anteriores (arriba) y con las actuales (derecha)



Detalle de la parte posterior del magnífico trono del "Ecce Homo", obra de Melchor Gutiérrez San Martín, que se "come" literalmente a las figuras principales del paso

serie que hasta hoy mismo procesionan en la mañana de los viernes santos, en la actualidad sobre un espectacular trono también facturado por Melchor Gutiérrez en 1998 y que destaca notoriamente por encima de las tallas "protagonistas". Anteriormente, en 1955, se había añadido la figura de un esclavo negro portando una palangana donde Pilato habría de lavarse las manos, pero este personaje, bastante frecuente y popular en otros lares, no acabó de calar en nuestra ciudad y fue retirado a los pocos años. Otros cambios habidos en este paso en el transcurso del tiem-

po son los producidos sobre el "atrezzo" que acompaña al mismo, en especial las columnas del balcón pretorial.

LA CRUCIFIXIÓN

No es la primera vez que este paso asoma a estas páginas; ya en la edición de 2018 reflejábamos la azarosa historia del mismo a lo largo de los años. Las imágenes de



La composición de 1928 (Archivo Cofradía)

serie primitivas datan de 1908 (el Cristo) y 1928 (María y Juan), procediendo todas ellas de los talleres de Olot o Valls. Entre 1956 y 1960 se añade al conjunto la imagen de María Magdalena, procedente del

El paso con las disonantes imágenes de Sanz Herranz



paso del Descendimiento (V. de los Ríos), propiedad de la cofradía de Minerva y Veracruz, lo que resultó en un conjunto un tanto desigual, tendencia irregular que se agravó en los noventa con el retiro definitivo de las dos figuras seriadas "acompañantes" y la inclusión de otras tres nuevas (La Virgen, San Juan y la Magdalena), obras de Faustino Sanz Herranz, que nunca "pegaron" ni con cola con la imagen central del crucificado. Al final, y con buen criterio, la cofradía decidió renovar el conjunto en su totalidad y ya en el pasado 2022 estrenó una nueva y completa versión de este paso, salida de las manos del reputado escultor sevillano Navarro Arteaga.■



El conjunto actual de Navarro Arteaga

ALLÍ ESTABA ÉL

Álex J. García Montero

Papón y Cruz Alzada de Angustias y Jesús
Licenciado en Teología y Ciencias de la Educación (Pedagogía). Diplomado en Sociología.
Educador-Profesor Marista.
Coordinador Revista Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno 2023.
Tertulia Cofrade Pasión (www.pasionensalamanca.com).

Su vida había sido anodina. Como buen leonés acudía diariamente a sus quehaceres cotidianos. Desempeñaba con mayor o menor soltura sus tareas según la pesadumbre climatológica de los días. Salía a tomar café a las 11. Siempre puntualmente según las campanadas de la Catedral, San Isidoro o Botines. Siempre en silencio, aunque a veces, jactancioso, mostraba sus conquistas personales a aquellos que lo reconocían en la barra de cualquier bar. Qué decir de su vida cofrade. Acudía puntualmente a “su brazo” cada mañana en Jesús Nazareno de Viernes Santo. O lo propio con *ferroviarios, redentores, palabreros, cenadores, angustiosos, minervos, sacramentados, empoderados, obreros, sepulcros, agónicos, desenclavos, expiradores, marías o pitufos* en cualesquiera de los diez días marcados en rojo en el Nisán leonés. Hacía su procesión, o se había apuntado ya a un cúmulo de procesiones. Cuando se cansaba, acudía presto al bar más cercano a ingerir cingulos brebajes para calmar la languidez de su penitencia heredada desde tantas generaciones como Guzmán u Ordoño sobre sus hombros. Porque hay *papones, paponazos*, que sienten que su cofradía ya existía antes que Egeria.

Como mucho solía criticar el adorno floral o el gasto hecho en alguna derrama de su trono; que si nuevas almohadillas, que si nueva parrilla, que si se van a cambiar apliques... Cuando le tocaban el bolsillo, mostraba su cabreo a *capillo* levantado. También le llevaban los demonios pareciéndose miméticamente al *Demín* de Paraxís, cuando alguien sin querer (o con cierta astu-

cia de bracero suplente) trataba, sin éxito *podemoide*, de hacerse *okupa* del puesto de puja. Pero en lo demás, era un tío tranquilo.

La misa dominical en su Iglesia, pues de Pascuas a Ramos. Eso sí, el Domingo de Ramos, acudía a la entrega de palmas como si de un hambriento refugiado de guerra en un campo homónimo se tratara. Y sí, tras el opíparo desayuno, discutía sobre cómo hacer nuevo lo que siempre se hizo así y no hay que cambiar nada. Qué decir de democracia, mujeres, hombres, penitencia, sacramentos, formación,



gobernanza, compromiso... su brazo y su almohadilla lo eran todo, todo, todo. Hasta tal punto que, si los tronos fueran parihuelas o angarillas de antaño, hubiera confundido su paso con otro cualquiera. Se había convertido en un auténtico experto de la música de Semana Santa. Incluso, algún día del año, tras dos o tres semanas de Cuaresma bien andada, ponía incienso en su casa o en su oficina por aquello de oler a Semana Santa. Aunque nubes de naftalina envolvían sus pensamientos y su transitar en la vida.

Y así fue poco a poco transmitiendo su telúrica sabiduría ancestral a sus hijos y nietos que, con los nuevos tiempos y modas, fueron abandonando sus cofradías para marcharse de vacaciones a esquiar o a la playa. Algún año él también hizo algún escarceo trocando almohadilla, capillo, túnica y *raseo* por cañas, gorras, *digestivos* y paseos en montes y costas lejanas al bagaje penitencial de una jornada “Santa” cualquiera.

Y, sí. Llegó el día. Sucedió el momento. Allí, con impoluto traje negro, bien *axeitado* y rodeado estaba él: trasmutado en responsable directo de su cofradía el día de la *toma de posesión* de su abadía. *Achusmado* bajo la negra boina del hastío detrás de la *sebe* de la ingente galleta de su vara. Allí estaba él. O ella. O ello. Mientras el coro de difuntos cantaba el ya sempiterno lema de la Semana Santa leonesa: “¡Que sea enhorabuena!” ■

Año trescientos cincuenta y siete tras el Gran Desvarío. Los algoritmos han sustituido a los expertos tendenciosos que los crearon; éstos, reunidos en asamblea de plagas bíblicas, han decidido no acatar su sustitución por sus algoritmos y están intentando timar al mundo de nuevo. En el ínterin, políticos y burócratas parecen estar confusos y han dejado de legislar, lo que ha supuesto un gran alivio a sus castigadas sociedades.

Tras décadas de dudas, concienciaciones, integraciones, fusiones, disfunciones telemático-renales, resiliencias y perspectivas con sesgos diversos; parece ser que los pueblos echaron de menos sus tradiciones y, para encontrar algo a lo que agarrarse, sesudos y aburridos historiadores, decidieron investigar sus raíces y ponerlas al día.

Mucho ha mejorado el mundo desde aquellos aciagos años, antes del Desvarío; años horribles en que se llamaba al pan, pan y al vino, vino; no dándose cuenta, ¡pobres irresponsables!, que el pan es un veneno lleno de gluten indigerible y fuente de toda obesidad y el vino...; bueno, al vino le dieron alguna indulgencia; pero, al grano — ¡uy!, otra vez el pan—, vayamos con nuestra historia:

Conchi y Mariano, cansados de un exceso de concienciación planetaria y de no hacer nada con su ingreso mínimo vital, dejan de fluir y deciden volver a su terruño a celebrar, mientras se pueda, la Santa Semana. La Santa Semana, poca gente lo sabe ya; es una atávica celebración del primer plenilunio de la primavera, realizada por una antigua religión en la que casi nadie

cree; pero que tiene unas puestas en escenas fabulosas, logrando representaciones realmente grandilocuentes y, por ende, sumando muchos participantes y espectadores en las mismas.

¡Ah!, perdón, que no lo he dicho aún, Conchi y Mariano son dos ciudadanos nativos de Legioburgo Séptima en Tránsito, ciudad antiguamente llamada León, nombre que le fue cambiado por resultar heteropatriarcal e intimidante.

De la Santa Semana de Legioburgo (para abreviar), destaca, o eso dicen las guías, una ceremonia cambiante que se desarrolla la mañana del otrora Santo Viernes, en donde 13 enormes plataformas con esculturas encima van a la porticada Plaza de los Espectáculos, antaño Plaza Mayor, y, al compás de músicas épicas y tétricas campanas tubulares, danzan al unísono mientras dos de esas plataformas se encaran una contra otra y una de ellas se humilla en señal de ..., bueno, en señal; la verdad es que ni los eruditos se ponen de acuerdo en el por qué de todo esto. Dicha ceremonia y el anterior y posterior desfile, lo organiza la Muy Ilustre y Altanera Cofradía del Triunfo en Este Mundo (en adelante La Altanera), heredera de una antigua que llevaba un emblema morado y que se extinguió por falta de miembros, y cuyos máximos representantes suelen ser muy humildes y propensos a la censura.

Esta congregación, como otras que quedan, pertenece al Órgano Colegiado de la Junta Mayor de Coordinación de Eventos Callejeros Tras el Gran Desvarío (el famoso OCJMCECTGD), este Órgano, desde su fundación, siempre ha tomado sensatas, si bien, a veces, contra-

producentes, medidas, como, por ejemplo dar su presidencia, en turnos rotativos, a representantes de todas las religiones e ideologías imperantes; así, en el 25 designó a un musulmán que, inmediatamente prohibió las procesiones y ordenó quemar las plataformas antes llamadas pasos; ni que decir tiene que no se le hizo el menor caso y, frustrado y colérico, pasó el testigo a un budista que, muy espiritual él, decidió retirarse a las montañas a recitar mantras y no hizo mayor daño; tras él fue el turno de una animalista que se encaró con el tetramorfos y no pasó del segundo tercio; posteriormente fue el turno de los ateos anticlericales que se dedicaron a aumentar el presupuesto y nombrar comisiones remuneradas, sin causar mayor daño que el de vaciar las arcas.

En fin, tras varios intentos de integración, pasó de nuevo el turno a los creyentes tradicionales que, si bien cada vez más escasos, resultan ser entusiastas; aunque tienden a relajarse y perder el sentido del espectáculo.

Por su parte, La Altanera, con el tiempo ha ido ganando fuerza y más gente en sus filas y aún sin admitir ni mujeres ni sensibilidades femeninas en sus miembros (perdón), puede organizar el gran acto que, otrora, diera fama a su antecesora congregación.

Explicaciones aparte, Conchi y Mariano, tras rellenar los 125 formularios preceptivos necesarios para desplazarse sin hacer daño al planeta y pagar las 25 indispensables tasas, montaron en un tren gratuito que les trajo, en un breve viaje de tres días, desde la capital a su pequeña ciudad.



Están exultantes, sus huellas de carbono son inmejorables y llegan a su patria chica, les emociona ver un cielo tan azul, a la par que disfrutan en su rostro del frío viento del norte.

Su ciudad ha cambiado mucho y no sólo de nombre; ha perdido población, apenas la habitan permanentemente unos 45.000 habitantes y 35.000 canes; pero, en cambio, es ecosostenible; así, por ejemplo, hace poco que se ha terminado la peatonalización, con fondos de organismos supranacionales, claro, del corredor del río Bernesga, que va desde la confluencia del Casa-

res, hasta su desembocadura en el Esla. No produce nada a destacar, pero tiene infinidad de barines, pitiminirestaurantes—alguno incluso galardonado con 2 asteroides Chinchelín—, terrazas de diseño y multitud de pisos vacíos, albergues y hoteles dedicados al turismo; en definitiva, la ciudad ideal para pasárselo bien unos pocos días y a otra cosa. Precisamente, a uno de esos pisos turísticos fueron Mariano y Conchi.

Mariano decide madrugar el Santo Viernes, quiere ver formarse el cortejo que dará lugar al afamado acto; quiere ver cómo forman los

androides, cómo cogen en hombros las plataformas y las mecen al estilo sevillano y olé, al menos eso es lo que promete el cartel anunciador que La Altanera ha encargado en Sevilla. Conchi, no tan entusiasta, decide que va a dormir un poco más y le dice a Mariano que le verá, si acaso, más tarde.

Todo puede pasar, el acto en sí, llamado El Encuentro es toda una incógnita, cambiante a través del tiempo, parece ahora haber alcanzado, tras la septuagésima quinta asamblea extraordinaria, una cierta estabilidad. A lo largo del tiempo y coincidiendo con las sensibilidades y purismos de cada asamblea, han pasado de estar las trece plataformas en las plaza, a alternarse por años e ir dos a encontrarse, también fue sonado el año en que seis estructuras salían desde el descanso (sigue ahí) mientras las otras siete iban al Encuentro; no puedo dejar de mencionar el año que formaron en la Plaza al estilo de una parrilla de salida de bólidos de carreras; pero bueno, como digo, volvía, de momento, a tener el formato original o al menos eso piensan los entendidos.

Mariano advierte a Conchi que, si va a ir, no se demore, que es difícil acceder a la plaza y que al final no había podido comprar entradas ni para las sillas ni para las gradas y, por tanto, si quiere verlo, tendrá que ir temprano porque las medidas de seguridad son muy estrictas y pronto cerrarán el acceso. Conchi no se lo toma muy en serio, seguro que no es para tanto y, además, le da pereza salir del apartamento.

Mariano está nervioso y se pone en marcha, baja a un bar cercano que da comidas 24 horas y, pese a ser día de ayuno preceptivo de carnes, peces, aves y cualquier otro animal superior, se niega a comer paté de coleópteros untado en tosta de pienso compacto y, en su lugar y a la vieja usanza, se marca dos huevos fritos con panceta y un café con leche tamaño XXL. Bien dispuesto

tras coger fuerzas, sale en busca de sus tradiciones, por más que él nunca las haya visto antes.

No le cuesta mucho llegar al lugar de salida, no hay más que seguir las estelas de los drones turiferarios y se llega con facilidad; pese a toda la inteligencia artificial ampliada, la salida sigue siendo algo caótica y, pese a todos los pesares y a los ordenadores cuánticos, algunos androides abandonan las filas y andas antes de estrecharse las calles, parece ser que juntas y circuitos no soportan tanto peso. Disfruta Mariano viendo todo esto y, una vez que habían salido todos los componentes del cortejo, se encamina a la Gran Plaza.

Entretanto, Conchi se despereza, baja también al bar y ataca un señor café con un hermoso palmerón de chocolate; ahora que nadie conocido la ve, no se siente culpable y piensa en Mariano: “está bien venir al pueblín, pero estos madrugones..., ¿dónde me mete este señor?”

En fin, ya no tiene remedio, le había dado su palabra de ir con él y no le queda otra que buscarse una buena disculpa para no hacerlo.

Mariano espera en vano, cansado ya, saca su antiguo móvil 175G y la llama; Conchi deja sonar el teléfono; pero ante la insistencia de la llamada, no tiene más remedio que descolgar:

—¿Qué tal Mariano?

—Aquí, esperándote.

—El caso es que..., ve tú, me duele la cabeza, ya sabes— dijo Conchi sin mucha convicción.

—Sí, ya sé. Mejor que vayas al apartamento y descanses, tras el acto iré para allá.

Conchi se pone muy contenta, se había quitado el latazo del medio y ya puede vagar a placer.

Mientras; Mariano, sabiendo ya que se le había hecho tarde, se encaminó hacia la Gran Plaza dispuesto, como fuera, a entrar en ella.

¡Vano intento! Todos los accesos estaban cerrados: “Aforo completo”, acceso permitido únicamente a los que tengan entrada.

—¡Qué fastidio!— masculló Mariano, sólo los elegidos pueden llegar tarde.

En fin, de nada sirve lamentarse, resignado, decide volver al piso y ver el acto por la TV y, en esto, repara en unas figuras peculiares; tres hombres, vestidos de riguroso traje negro y portando unas grandes fundas de ropa, se encaminaban hacia la Gran Plaza. Le pica la curiosidad y decide seguirlos. Los tres hombres, presurosos, no cogen las principales vías de acceso, antes bien, dan un gran rodeo y llegan a unas largas, sombrías y estrechas escalerillas que, pronto lo va a descubrir, dan acceso a la Plaza. Mariano les sigue casi como un espía.

Nada más acceder a la plaza, una de las tres misteriosas figuras, da tres golpes en lo que parece ser la puerta de una viejísima taberna ya cerrada; del otro lado de la puerta alguien contesta:

—La contraseña.

—Levantaos hermanitos de Jesús— contestan los tres al unísono.

—Que ya es hora— responden desde el interior.

La puerta se abre y, con suma discreción, entran al local; pero no cierran la puerta.

Mariano no se aguanta y entra también, el local está casi a oscuras; sin embargo, hay un pequeño grupo de personas al fondo, portando velas. El ambiente sobrecoige.

Los tres hombres abren las fundas y sacan unas extrañas túnicas negras de tablones, con un emblema morado a la altura del corazón, y que se la ciñen al cuerpo con un cordón; se cubren el rostro con un verdugo y colocan en la vetusta barra unas viejas estampas de lo que le parece a Mariano ser unas viejas estampas de unas viejas imágenes, se enfun-

dan unos guantes, también negros y alzan la mirada al techo. Se reza, casi se susurra una oración.

De afuera llega un sonido atronador, fanfarrias, percusiones y barullo y, de pronto, una atronadora ovación.

Parece que todo ha terminado, se oye dispersarse a la multitud; pero los de adentro esperan, prenden las velas y vuelven a rezar, se arrojan y todo termina.

Los desconocidos oficiantes se quitan guantes, capillos y túnicas, guardan las prendas en las fundas y se marchan tan discretamente como habían entrado.

El que parece ser el dueño del local, declara que se abre la barra y que, desde ese momento, pueden pedir lo que quieran, mejor dicho, lo que haya.

Los antes silentes espectadores sonríen y se abrazan de contentos.

Mariano no entiende nada, sale de la taberna confundido y no sabe qué ha visto.

Todo es tan confuso, cuando, de repente:

—¡Despiértate ya, Mariano!— grita Conchi desesperada, mientras levanta la persiana.

—Sí mujer. Ya voy— contesta Mariano aún con el corazón en un puño.

—Que son las diez y no te puedes perder la junta de tu cofradía - añadió Conchi.— Que como me volváis a cambiar mi Encuentro no sé qué os voy a hacer.

—Tranquila, que no llegará la sangre al río. Ya tuvimos malas experiencias y no creo que lo vuelvan a hacer. Además, ya sabes que la junta de seis vela por el bien general.

—¡¡Que no te enteras, Mariano!!!— Sentenció Conchi.

¡Que no te enteras, Mariano! Hay cosas que nunca cambian. ■

C OFRADÍAS Y HERMANDADES

EN LA BAJA EDAD MEDIA LEONESA (XIII-XV)

VV. AA. (*)

El origen de las cofradías religiosas está en la Baja Edad Media a partir del siglo XII, en el marco vecinal y parroquial. De esas corporaciones piadosas surgen las cofradías penitenciales actuales de la Semana Santa leonesa. La trascendencia de la Pasión en nuestra ciudad viene desde mediados del siglo XVI, en que apareció la primera cofradía penitencial de nuestra Semana Santa propiamente dicha: Nuestra Señora de las Angustias y Soledad, cuyos datos

resto que son de carácter religioso. Aunque a veces se confunden unas con otras, pues encontramos que hay casos en que son iguales y con los mismos fines.

En la Baja Edad Media, tiempos malos, de sufrimiento por calamidades, peste, hambre, se intenta popularizar la vida cristiana. Las gentes utilizan, para lograr sus objetivos espirituales, estas instituciones llamadas cofradías y hermandades. Pero estos organismos desa-

por y para un mismo fin, pero hay otra consecuencia y muy importante, y es que estas figuras tienen personalidad jurídica propia ya que pueden realizar negocios jurídicos y están sujetas a una normativa por medio de sus reglas o sus estatutos, que son los que rigen la vida de la cofradía. Hay otra cuestión de suma importancia y es que todas tienen una base común que es la solidaridad, o más bien crear solidaridades.

En la Edad Media los trabajadores se agrupan primero bajo un principio fervoroso, para celebrar una fiesta religiosa en concreto; más tarde, en muchas ocasiones, las cofradías tomarán características gremiales; después los gremios se secularizarán, quedando a un lado la cofradía, que tendrá a su cargo las funciones religiosas y de beneficencia; aunque en ocasiones nos encontremos cofradías que tuvieron caracteres gremiales, y frecuentemente también aparezcan gremios que tuvieron tales deberes religiosos y benéficos. La cofradía religiosa, así pues, nos aparece como una "institución" benéfico-religiosa de la Edad Media cuyo fin es, primordialmente, la organización colectiva de la religiosidad popular.

Una tipología de estas asociaciones podemos estructurarla de la siguiente forma:

- Cofradías bajo la advocación de la Virgen o de los santos: Dentro de las primeras: Santa María de la Regla, la Encarnación, la Purificación, Santa María la Noble, Santa María del Sábado la Rica, Santa María Madre, Nuestra Señora de los Milagros, La Piedad, Las Angustias y Nuestra



más ciertos se sitúan en 1572, si bien es posible que sus orígenes sean de 1556. Nació después la del Dulce Nombre de Jesús Nazareno, cuya fecha de fundación oficial se registra el 4 de febrero de 1611. Las cofradías actuales no tienen aquellos objetivos, hoy tienen un fin religioso, social y turístico.

De las muchas cofradías medievales que se conocen, sólo un tercio son de carácter artesanal, frente al

parecen prácticamente en la Edad Moderna. Aunque han dejado huella en estos tiempos en los que estamos. Echemos si no, un vistazo a nuestra Semana Santa, que aunque, como se ha dicho, tiene más bien proyección al turismo, conserva una base de religiosidad popular.

Podemos asegurar en primera instancia que las cofradías del medioevo son grupos de personas unidas



El histórico Pendón de Baeza, portado por miembros de la cofradía del mismo nombre

Señora de Rocamador. Entre las segundas está la de Santa Ana, San Isidoro, San Benito, San Marcelo, Santa Marina, Santo Domingo.

- Cofradías vinculadas al culto de los muertos, como la de las Ánimas.
- Cofradías que veneran a Dios, entre las que destacan las cofradías de Santi Spiritus, la cofradía de Dios, la de la Veracruz y la del Corpus Christi.
- Cofradías que mantienen fuertes lazos con el cabildo catedralicio y que son la de los Bachilleres de los Ciento, la de los Bachilleres de los Doce y la de los Capellanes.
- Cofradías penitenciales, como la de la Misericordia.
- Cofradías asistenciales que nacen para ayuda de sectores indefensos como expósitos, doncellas y lazaretos. Está la cofradía de San Lázaro con su lazareto, y la del Santo Sepulcro con su hospital. Hay una cofradía llamada del Crucifijo que se dedicaba a enterrar los fallecimientos del hospital del Santo Sepulcro a cambio de cinco reales.
- Cofradías “constructoras”, creadas para reparación o construc-

ción de templos, como la de San Isidoro, y la cofradía de los Milagros para reparar y mantener la catedral.

La terminología de las mismas fue tomada del mundo eclesiástico, los asociados son llamados cofrades, hermanos, todos juntos forman el cabildo y sus reuniones son en “concilium” que tenía lugar en las iglesias donde tenían la sede, en otros casos en monasterios u hospitales. La figura rectora y máximo dirigente es el abad, a quien quedan subordinados todos los cargos. Pueden tener otras denominaciones: preboste, prior, prioste, prepósito, alcalde, mayordomo, prohombre, mayoral, vicario, etc. Esta figura representaba a la cofradía y generalmente la persona que la ostentaba lo hacía durante un solo año.

La decadencia de las cofradías se produce a partir de la Edad Moderna; hay cambios en ellas, a veces favorecidos desde la corona, como pueden ser las fusiones de cofradías, donde muchas perdieron su propia identidad. Hay también un cambio de orientación estamental, con lo cual el número de cofrades baja. Asimismo, decaen por cuestiones políticas y religiosas a partir del siglo XV. La puntilla llegó con el concilio de Trento, que obligó a las cofradías a ser visitadas por los obispos del lugar, con lo cual hubo

injerencia en ellas por parte de la iglesia y el control económico fue total. Además, desde ese momento, las cofradías se crearían con licencia eclesiástica y dependerían de las autoridades religiosas, llevando en muchos casos a la fusión de un buen número de ellas.

La cofradía más antigua de León es la del Pendón de Baeza, conocida como la de San Isidoro. Nos relata Lucas de Tuy que fue fundada por Alfonso VII en la basílica de San Isidoro en 1148, un año después de la victoria de Baeza, como agradecimiento por la ayuda del santo. Estaría formada por miembros de la nobleza y del alto clero a los que se les pediría un expediente de limpieza de sangre, del que estaban excluidos los canónigos de la catedral, los de San Isidoro y los hijos de los cofrades. La segunda en antigüedad es la cofradía del monasterio de San Claudio, de la que hay noticias en 1163. Del siglo XIII hay reseñas de una cofradía en San Marcelo, otra en Santa Marina y otra en la iglesia de Santo Domingo.

Cabe reseñar que una de las pocas cofradías de las que hay documentación abundante es la de Santa María del Sábado “La Rica”, y ello es debido a que los cofrades la ocultaron ante la inminente desamortización, tapiándola en las bóvedas de la iglesia de San Salvador de Palat del Rey en 1857, apareciendo en 1960 con motivo de obras de restauración de la citada iglesia. Se crea a principios del siglo XIV con sede en la iglesia de San Martín y su vida finaliza en 1857.■

(*) Extractado del trabajo fin de grado de Rafael Santos Fernández, graduado en Historia por la Universidad de León, el cual se basó en la bibliografía que se reseña en su propio estudio, al que pueden acceder a través del siguiente enlace:

<https://laguiadelasebe.files.wordpress.com/2019/10/rafa-cofr-herm-edad-media.pdf>

En los últimos tiempos, al albur de la evidente incapacidad de algunas hermandades para cubrir todas las almohadillas de sus pasos, ha hecho fortuna una idea oscura asentada en la visión pesimista y poco objetiva que, respecto de lo propio, caracteriza al leonés. La Semana Santa de León, dicen, se está convirtiendo en un erial de braceros. Sin embargo, un análisis sosegado de la realidad actual, necesariamente contextualizada en su evolución histórica, y un somero estudio comparado, permiten proponer una conclusión bien diferente.

La carencia de porteadores es un runrún que con las pertinentes adaptaciones terminológicas se escucha estridente en toda España. Baste acudir a la hemeroteca de los diarios andaluces para comprobar cómo apenas solo la ciudad de Sevilla presenta una nómina estable de costaleros para todos sus pasos. Hermandades de Jaén o Linares han tenido que recurrir a la solidaridad para cubrir sus cuadrillas. En la provincia de Sevilla se han quedado pasos en su sede e incluso en una gran urbe como Málaga, la prensa informa de las limitaciones que se están observando puertas adentro de algunas hermandades.

La manifestación más dolorosa de esa carencia subjetiva tuvo lugar este 2022 en la provincia de Cádiz, y por partida doble. Y es que durante la procesión del Santo Entierro de la capital gaditana, se advirtió que el grado de agotamiento de la cuadrilla de cargadores impedía completar el recorrido con éxito, debiendo improvisarse un retorno apresurado desde la Catedral hasta la sede de la hermandad. En Jerez,

el insuficiente número de costaleros del palio de las Cinco Llagas, impuso también el recorte del recorrido.

¿Son estos ejemplos extrapolables a la Semana Santa leonesa? No es posible emitir un veredicto sin antes enunciar algunos antecedentes fácticos e históricos.

La representación de la pasión y muerte de Jesucristo en la ciudad de León era, a principios del siglo XX, una modestísima celebración, con más valor etnográfico que artístico, y cuya relevancia en la sociedad de su tiempo, casi exclusivamente circunscrita a las procesiones de Viernes Santo, no guarda relación de proporcionalidad con el crecimiento que ha experimentado la urbe en los últimos ciento veinte años. Esos sencillos cortejos procesionales sacan a la calle, sobre parihuelas portadas por no más de cuatro o seis braceros, pequeños misterios, resquicio de aquellos que fueron encargados entre los siglos XVII y XIX a autores, generalmente de segunda fila de la escuela castellana, completando el relato de la pasión, con piezas de serie adquiridas en talleres catalanes. El transcurrir de las décadas permite contemplar, no sólo el asentamiento de la celebración pasional, sino un crecimiento claro que se manifiesta en fotografías que immortalizan pasos más grandes, portados por un nutrido número de braceros. La ciudad ya no es ese poblacho de los albores de la pasada centuria, y de la mano del desarrollo demográfico, la Semana Santa experimenta un primer momento de gran expansión.

El segundo punto de inflexión se produce bajo el episcopado del

obispo Almarcha (1944-1970). Surgen cuatro nuevas agrupaciones penitenciales, hasta alcanzar el número de siete con el que se llegaría a 1991. Ahora bien, mentiríamos si afirmásemos que el *boom* de las cofradías de Semana Santa en los años noventa supuso solamente un incremento cuantitativo en el aspecto humano y patrimonial. Hubo, antes bien, un cambio cualitativo que se ha glosado mucho, pero quizás no se ha examinado con el suficiente rigor en algunos aspectos.

Como se ha señalado, las Cofradías históricas de Semana Santa de León, habían adoptado la puja como forma de porteo. Sin embargo, a partir de los años cuarenta todas las nuevas agrupaciones pasionales optan de forma casi exclusiva por desplazar los pasos sobre carrozas. Hasta los años noventa, la hermandad de Santa Marta saca a las calles de la ciudad únicamente dos pasos, ambos sobre ruedas. Jesús Divino Obrero procesiona con solo dos conjuntos procesionales, siendo uno de ellos pujado -las Tres Marías- y empujado el otro -el Resucitado-. La apuesta por las carrozas es firme: ya en los años ochenta, la penitencial de El Ejido incorpora al cortejo de Sábado Santo el grupo Hacia el Padre, nuevamente sobre una estructura rodante. Las Siete Palabras, de clara inspiración en la Semana Santa de Valladolid, saca durante décadas únicamente dos pasos, ambos a ruedas, e incluso incorporan en 1993 un tercer misterio, que seguirá apostando por el mismo mecanismo de tracción. La Cofradía del Santo Cristo del Perdón, por último, pone en la calle en 1966 un único paso, que se verá

acompañado posteriormente por el Palio de la Madre de la Paz, siendo ambos arrastrados por sendos piquetes de hermanos hasta 1998. Incluso Minerva y Veracruz, portó durante décadas dos de sus pasos también sobre tronos rodados.

El surgimiento de nueve cofradías de Semana Santa en los años noventa constituye, pues, un revulsivo para una celebración que gozaba de buena salud ya en los ochenta, implicando una apuesta decidida y definitiva por la puja como única forma *legítima* de portar las

plasma de forma acuciante. Las novísimas cofradías nacieron en la mayor parte de los casos, sin otro fin que dar cabida al deseo de muchos jóvenes de pujar, o de pujar más, careciendo por completo de algo que se pareciese remotamente a un proyecto. Casi ninguna cofradía pretendía por aquel entonces cubrir un espacio bien definido, más allá de tratar de llenar los huecos que quedaban entre el viernes de Dolores y el Domingo de Resurrección. El criterio del relato evangélico y el rigor artístico decaían ante el principio de opor-



sagradas imágenes. Queda asentada la idea inseparable de nuestra Semana Santa, de que el sino del Cofrade es ser bracero, ahondando así en la particular idiosincrasia de las cofradías históricas, en detrimento de las formas que habían incorporado las corporaciones del siglo XX. Las hermandades de nuevo cuño crecen enormemente a lomos del deseo ferviente de miles de leoneses de ponerse bajo las andas, no ya de uno, sino de varios pasos a lo largo de esos diez días.

Esta es la principal fuente de riqueza, basada en su patrimonio humano, de nuestra Semana Santa. Pero de forma disimulada por la emoción desbordada, se hace de esa virtud una necesidad que hoy se

tunidad. Se sacaba un paso porque se disponía de una imagen. Resultaron ejemplos notables por su calidad artística y excelente implantación en la Semana Santa leonesa, como la Procesión del Cristo de la Redención, pero también muchas otras hermandades lastradas por esa falta absoluta de definición y calidad artística de su propuesta inicial. Este modelo se desarrolló imperturbable durante los años noventa, y ya se advertía que una apuesta por la cantidad antes que por la calidad era una forma arriesgada de crecer, que solo se justificaba en la necesidad de constituir un gran cuerpo de braceros.

Y así llegamos a un momento próximo al presente. Cuando la Virgen

de la Amargura se quedó en casa durante la procesión del Santo Entierro de Minerva, la realidad ponía sobre la mesa de forma descarnada un problema que muchos se apresuraron a definir como una prosaica carencia de braceros. Las nuevas generaciones, dicen, no están ya comprometidas con la conservación de las tradiciones. Una explicación simple para un problema más complejo e indudablemente vinculado a esa falta de proyecto global e individual del que hablaba con anterioridad. Pongamos los puntos sobre las íes. A la Semana Santa de León no le faltan braceros. Tanto el éxito de la primera Semana Santa post pandemia, como la procesión Magna que, con sus luces y sombras salió a la calle en septiembre de 2022 constituyen otras tantas demostraciones de pujanza en el aspecto humano. La Semana Santa de 2022 parecía estar destinada a cubrir el expediente. Se aventuraban suspensiones y reducciones de recorridos y número de pasos. Sin embargo, frente a este pronóstico funesto, 2022 ofreció una visión sumamente optimista de la celebración; sólo algunas hermandades vieron afectada la integridad de sus propuestas procesionales, y aún en estos casos, más producto de años de decisiones erráticas pretéritas y presentes que de una crisis global.

La Magna, *Passio Legionensis*, por su parte, puso en las principales arterias leonesas veintidós pasos, de los que veinte eran portados a hombros. Con enorme esfuerzo, fueron trasladados a lo largo de un desmesurado y frío recorrido sin que las carencias en el aspecto humano cuantitativo dieran lugar a especiales incidencias. Unos mil ochocientos braceros pujando al mismo tiempo más pasos de los que se pondrían a la calle en una hipotética procesión del Pregón, demostraron que, por más que se quiera decir lo contrario, en León hay braceros y éstos tienen com-



promiso. Observamos que, sin ir más lejos, la Procesión Magna celebrada en Almería -localidad equiparable a León- el 29 de octubre, puso en la calle una auténtica catequesis formada por diez grandes conjuntos procesionales. Y es que, como decíamos anteriormente, en León, el destino del cofrade, está bajo las andas de un paso, mientras que en otras latitudes es habitual que la fidelidad a una cofradía se demuestre desde la acera, antes que con el hábito de nazareno, y mucho menos, portando las imágenes. Donde la Hermandad del Santo Entierro de Cádiz o la de las Cinco Llagas de Jerez, a las que hacíamos mención con anterioridad, no pudieron completar sus recorridos al faltarles una simple cuadrilla completa de cargadores o costaleros, que, por demás, ni tan siquiera tienen necesariamente que ser hermanos de las respectivas cofradías, en León casi todas las agrupaciones ponen en la calle no menos de tres o cuatro pasos, portados cada uno de ellos por una media de ochenta hermanos de la corporación.

No quiero decir que sea falso o alarmista afirmar que muchas cofradías de León empiezan a pre-

sentar graves dificultades para salir a la calle con todos sus conjuntos procesionales. Ahora bien, rebato que el problema sea la vulgar carencia de porteadores. No. La Semana Santa leonesa está lastrada por el empeño pueril en no redimensionarse. Tras décadas de asentamiento de un modelo que impulsó su crecimiento sobre el incremento puramente cuantitativo, ha llegado el punto de detenerse a valorar con objetividad los propios activos.

León no tiene un problema de déficit de cargadores, si no una necesidad notable de redimensionamiento. No nos faltan braceros, nos sobran pasos. Esto podrá parecer una fruslería dialéctica que da vueltas sobre el mismo problema, pero la verdad es que el punto de vista desde el que se observen idénticas diatribas, y la forma en que éstas sean atacadas, pueden dar lugar a resultados muy diferentes. No es lo mismo afirmar que la Semana Santa leonesa carece de braceros suficientes que señalar que, a la vista de sus necesidades y su imagen global, hay un exceso claro en el número de conjuntos procesionales. La primera perspectiva puede llevar a entender que la

dimensión actual de la celebración es la adecuada, y que cualquier medida, por drástica que fuera, es buena si permite poner en la calle todo ese patrimonio acumulado. Desde este punto de vista es legítimo, e incluso deseable, plantear la reducción del tamaño de los pasos, la retirada de imágenes secundarias cuando las haya, o incluso colocar esos mismos pasos sobre carrozas. La segunda forma de ver la coyuntura conduce, necesariamente, a soluciones distintas. Si observamos con objetividad el proceso ya enunciado de formación de nuestra Semana Santa, y reconocemos que gran parte del patrimonio acumulado no respondía ni a un proyecto de conjunto, ni a una exigencia artística mínima, las decisiones drásticas que deban tomarse podrán dirigirse hacia el redimensionamiento mencionado.

Para más objetividad, vayamos sobre el cortejo leonés promedio. Hipotéticamente se trataría de una procesión de cuatro a seis pasos de los que dos son producto de un esfuerzo notable por enriquecer el patrimonio, otras dos son piezas de calidad media, mientras que la última es obra de ínfimo nivel artístico, producto fundamentalmente de esa forma de entender la Semana Santa de la que hablábamos. Por puntualizar aún más, esa -o esas- pieza paupérrima nacida, como tantas otras, de manos no suficientemente hábiles para la talla, quizá ha venido a sustituir a otra anterior, que, a pesar de no responder a un relato evangélico definido para la procesión, fue incorporada como consecuencia de algún tipo de cesión desinteresada en los primeros años de vida de una hermandad que en lugar de buscar braceros para sus pasos, buscaba pasos para sus braceros. Este relato, por cierto, es válido también para describir la forma en que cofradías preexistentes se adaptaron a la nueva realidad nacida de la expansión de los noventa.

En esa procesión tipo, los gerifaltes empiezan a advertir que el descenso del número de portadores hace peligrar la continuidad del cortejo, y se conjuran para adoptar determinaciones. Podrían surgir entonces dos almas en la Junta de Gobierno. De un lado, los irredentos, los que creen que la hermandad de 2023 debe acarrear las consecuencias de su historia contra viento y marea, y considerarán, en definitiva, que falta compromiso en las nuevas generaciones, y que la solución pasa por adoptar formas de poner en la calle la representación pasional que permitan conservar íntegro el patrimonio acumulado. Proponen sacar un paso a ruedas o encargar a su grupo de montaje la elaboración de nuevas andas de tamaño reducido para procesionar dos conjuntos, o quizás, incluso, retirar todas las figuras secundarias del único misterio completo si lo hubiera.

El segundo sector de la Junta, aquel que solo existe en la imaginación del autor de este ensayo, por el

contrario, observa con gran respeto la historia de la cofradía, pero sabe leerla desde la objetividad. Entiende que gran parte de ese activo patrimonial que ha llegado a nuestros días no fue el producto de un verdadero proyecto, y recuerdan que cuando se incorporó tal o cual imagen, fue más la sorpresa y los comentarios jocosos que las manifestaciones de devoción. Ese sector de la Junta sabría, además, que cada uno de los pasos de la Cofradía está compuesto por una sola imagen, y que de los, digamos, cinco tronos, apenas tres presentan un nivel de ejecución que trascienda mínimamente de lo artesanal a lo artístico, siendo uno de los restantes directamente indescriptible. En definitiva, propondrían para la Cofradía un planteamiento de conjunto que hiciera de la necesidad virtud. Creerían llegado el momento de sacar a la calle una procesión algo reducida, no más de tres o cuatro pasos, dejando al margen las piezas de menor relumbrón, y unificarían en un solo con-

junto aquella Virgen y ese Cristo que hoy salen por separado -o que incluso aparecen duplicados en la procesión sin más distinción que un sudario o una escalera apoyada sobre la cruz-, agrupando a un mayor número de braceros en ese nuevo proyecto de misterio mucho más elocuente desde el punto de vista del relato evangélico, y dotado de una suntuosidad y magnificencia muy superior a la suma de sus partes. Ese grupo de hermanos pondrían sobre la mesa las ventajas de aprovechar el momento de crisis para crecer, en lugar de ahondar en la forma de actuar del pasado, y le diría a sus hermanos que si nunca les convenció aquel paso, menos habrá de gustarles verlo sobre un trono diminuto o a lomos de una carroza. Ese colectivo revolucionario sabría proyectar la imagen de una procesión más dinámica, y dotada de una imagen de conjunto favorecida por la creación de un grupo escultórico grande y expresivo, la eliminación de al menos uno de los pasos de los que no apetecía contar que se era bracero y la responsable concentración del capital económico disponible en un número más concentrado de proyectos que se beneficiarían exponencialmente.

Sin embargo, me temo que la visión compleja y global de estos seises heterodoxos, quedará arrumbada. La sensibilidad excesiva que se suscita en torno a la Semana Santa impedirá que siquiera se planteen estos debates ahora que la necesidad aún no es grosera. Se postergará la toma de decisiones y se reducirá al discrepante como disidente, hasta llegar al momento en que ya solo quepa ver sobre un armón de artillería esa pieza que no reunía braceros, porque no movía a la piedad ni a la devoción.

Y mientras, muchas cofradías seguirán marchitándose porque, sencillamente, no hay abono para tanta simiente. ■



“Vive Cristo, esperanza nuestra, y Él es la más hermosa juventud de este mundo. Todo lo que Él toca se vuelve joven, se hace nuevo, se llena de vida... ¡Él vive y te quiere vivo!” Así comienza la exhortación que el papa Francisco dirigió a los jóvenes el día 25 de marzo del año 2019 (n. 1).

Son muchos los jóvenes que participan activamente en las hermandades de la Semana Santa. Entre ellos, algunos apenas viven la fe cristiana en alguna otra ocasión a lo largo de año. Sin embargo, en estos días penitenciales, se sienten un poco más cerca de Jesucristo, crucificado por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación.

A muchos de ellos parecen especialmente dirigidas estas palabras del papa Francisco: “Él está en ti, Él está contigo y nunca se va. Por más que te alejes, allí está el Resucitado, llamándote y esperándote para volver a empezar. Cuando te sientas avejentado por la tristeza, los rencores, los miedos, las dudas o los fracasos, Él estará allí para devolverte la fuerza y la esperanza” (n.2).

Claro que los sueños juveniles no siempre se convierten en una inmediata realidad. Es preciso luchar y remar contra la corriente. “Los sueños más bellos se conquistan con esperanza, paciencia y empeño, renunciando a las prisas”.

Sin embargo, no se puede vivir toda la vida de una ilusión. Hay que despertar y ponerse a caminar con decisión. “Hay que tener miedo a vivir paralizados, como muertos en vida, convertidos en seres que no viven porque no quieren arriesgar, porque no perseveran en sus empeños o porque tienen temor a equivocarse. Aún si te equivocas, siempre podrás levantar la cabeza y volver a empezar, porque nadie tiene derecho a robarte la esperanza” (n. 142).

Conocemos hermandades y cofradías que cuidan con esmero la formación de los hermanos y hermanas, especialmente los más jóvenes. No se debería ignorar esa tarea. Cabe preguntarse cómo empezar y como plantear un plan de formación de los y las jóvenes cofrades.

Según el papa Francisco, “cualquier proyecto formativo, cualquier camino de crecimiento para los jóvenes, debe incluir ciertamente una formación doctrinal y moral”.

Ahora bien, no vale cualquier modelo de formación. El papa propone un eje que podríamos llamar vertical y otro más horizontal. El primero contempla el anuncio y la experiencia del encuentro con Dios a través de Cristo muerto y resucitado. El segundo eje propone el amor fraterno, en la vida comunitaria, en el servicio a los demás.

Es de esperar que las hermandades y cofradías de Semana Santa, que cuentan con tantos jóvenes, vean cómo organizar estos proyectos de formación. ■



C BANDAS VERSUS BRACEROS ON LA MÚSICA DE OTRA PARTE

Fuso Corcheo

No, no hemos confundido la preposición del título, porque en la Semana Santa de nuestro León, de unos cuantos años para acá, se desfila en muchas ocasiones con música ajena y, a nuestro entender, inapropiada para nuestra forma de procesionar; es decir: con la música de otra parte.

Y esa otra “parte” intrusa a la que nos referimos está localizada, como sucede también en muchos otros ámbitos pasionales leoneses, en el sur de la península. La deriva sevillana que ha adoptado nuestra Semana más grande desde hace ya bastante tiempo parece imparable e inevitable y, dentro de ella, la evolución —según nuestro parecer, equivocada— de las bandas y sus repertorios ha encabezado toda esa aculturación obsesiva de modos y maneras meridionales, empezando por esos farragosos uniformes paramilitares y terminando por la elección del catálogo filarmónico.

Nada que objetar a la adopción de todas esas piezas flamencoides cuando se trata de interpretarlas

en un concierto, homenaje u otro acto análogo, pero la disfunción se produce cuando esas mismas partituras son ejecutadas —a veces, en el sentido más patibulario de la palabra— durante las procesiones. Los directores de las agrupaciones musicales modernas tienden a sobreactuar, a exagerar el énfasis y la sublimación, empujados, seguramente, por la naturaleza de las composiciones, y en consecuencia, las bandas rompen de continuo el *tempo*, alteran la matemática del ritmo y alargan los fraseos intercalando redobles, retuécanos sincopados, florituras y requiebros de cornetín en busca de exaltaciones, realces o clímax que, como decimos, pueden resultar efectistas en un auditorio pero que son nefastos para los atribulados braceros, para los cuales la música, lejos de ser una ayuda, estímulo y directriz para acompañar sus raseos, se convierte en un galimatías confuso que propaga la descoordinación y origina el “cabeceo” o bamboleo anárquico de los pasos. Por otro lado, y en el mejor de los casos, la excesiva lentitud del ritmo aplicado a las marchas obliga a los sufridos porta-

dores a mantener demasiado tiempo todo el peso del paso sobre el mismo pie, en espera del siguiente compás que les habilite para bascular hacia el pie contrario, de forma que, además de enlentecer sobremanera el cortejo, convirtiéndolo en un acto plúmbeo e interminable, agudiza el cansancio y la merma de fuerzas de los braceros. Como consecuencia de ello, las procesiones se tornan morosas e inacabables, produciendo también el hastío de los espectadores.

A mediados del pasado siglo, nuestras bandas pasionales, de claro origen castrense, pusieron en la calle un puñado de piezas musicales sencillas pero efectivas, cuando de armonizar el tránsito de los pasos se trataba. Su escrupuloso respeto al metrónomo quizá las hiciera caer en la monotonía, pero las convertía en una guía eficaz y vigorosa para los braceros. Por otra parte, el ritmo aplicado a las marchas era más rápido que el desarrollado actualmente, lo que aliviaba el discurrir de la procesión y el trabajo de los portadores de las imágenes. Basta con contemplar cualquier vídeo de los años setenta, ochenta e incluso noventa para darse cuenta de todo lo anteriormente expuesto.

En resumen, entendemos que esas partituras andaluzas que tanto proliferan por nuestros lares últimamente, quizá encajen bien o no interfieran negativamente con otro tipo de porteos, como el de “costal”, pero lo que es aquí, o las adaptamos a la cadencia precisa de nuestros braceros (lo que, a nuestro juicio, no sería una mala solución) o las dejamos para otro tipo de saraos ajenos al desfile procesional propiamente dicho. ■



S EMANA SANTA DE SAHAGÚN

ÁMBITOS ETNOMUSICOLÓGICO Y ETNOGRÁFICO

Héctor-Luis Suárez Pérez

Cátedra de Etnomusicología, Real Conservatorio Superior de Música de Madrid

El paisaje o entorno sonoro

La Semana Santa en Sahagún, al igual que tantos lugares, presenta al vecino y a los visitantes una realidad sonora característica y cambiante a lo largo del tiempo. Esta ha puesto y pone marco característico y personalizado a las celebraciones, todo tipo de actos y manifestaciones propias y específicas de estos días. Asimismo lo hace con las de otras fechas del resto del año, vinculadas

ser evocada consciente o inconscientemente desde el recuerdo, sirve de ayuda a conformar imágenes y sensaciones ilustrativas de este hecho sociocultural y religioso. Algo que entronca en las raíces locales íntimas de las personas mencionadas. Por ello, tras la evocación, el recuerdo o la escucha de un registro sonoro o audiovisual sobre la Semana Santa de Sahagún se provoca en ellas inevitablemen-

esbozada para avalar la presencia de su mención en un trabajo de estas características.

Lo musical: la banda de música, bandas de cornetas y tambores y otras

En relación al tema del paisaje sonoro característico, tal vez, muchos lectores y naturales de Sahagún lo primero que pueden asociar a este concepto y contexto sería la alusión a lo estrictamente musical. Y dentro de esta, en primer lugar, el recuerdo de la participación de la banda de música. Formación que en su actual configuración como Banda Sinfónica de Sahagún, fundada en 1993, desde su constitución siempre ha puesto fondo a las procesiones. Actual conjunto continuador de la labor de sus antecesores presentes en la villa al menos desde inicios del primer tercio del siglo XX. Muy mejorada en efectivos y resultados musicales, en las últimas décadas esta agrupación instrumental progresivamente ha cobrado un nuevo protagonismo en la Semana Santa. La intervención de sus directores los hermanos Jesús Juan Blasco Juan, Sergio Garrán junto a sus músicos lo han hecho posible.

Así, en 2003 y con la participación de la cofradía y las instituciones locales, se llevó a efecto la publicación de un registro sonoro en formato CD, con narración del actor local Carmelo Gómez. Un trabajo que ha incluido además varias marchas procesionales de nueva factura, como “Cristo de la Urna” —con saeta a 1 y 5 voces— y “Virgen de la Soledad de Sahagún” —a 7 voces y narrador—, ambas de letra y música compuestas por el mencionado director Jesús Blasco Juan y su her-



también a las distintas actividades tradicionales o de nuevo cuño, que son propias o en las que intervienen las cofradías penitenciales locales. Esta realidad sonora, actual o pretérita, además de ilustrar desde lo acústico aquello mencionado a lo que acompaña, impregna o ha impregnado las memorias y biografías sonoras de una mayoría de vecinos y personas vinculadas. Individuos que, en alguna o muchas ocasiones, participan de su escucha in situ. Por ello, al

te la nostalgia, la añoranza y todo tipo de sentimientos de agrado o desagrado vinculados al asunto. Vamos, como ocurre en todo lugar.

Ante lo indicado, tanto desde lo psicológico afectivo personal, como desde lo teatral o ambiental asociado a distintos momentos, acontecimientos y expresiones vinculadas a la Semana Santa de Sahagún, las razones para su consideración en la naturaleza de lo patrimonial, radicado en las ciencias humanas, quedaría más que



mano Juan. Además, recoge la marcha “El Salvador” del leonés Bernardino de las Cuevas López y un arreglo del mismo autor sobre la saeta de Serrat titulada “Cristo del Madero”. Obras que han incrementado y personalizado el repertorio local en estas lides. De todo da fe la prensa provincial del momento. En los días de confección de este trabajo la Banda Sinfónica de Sahagún, dirigida por Sergio Garrán, y la Cofradía de Jesús Nazareno y Patrocinio de San José trabajaban en la edición de un CD que incluía las cinco piezas, banda sonora: “Cristo de la Urna”, “Virgen de la Soledad” —ya mencionadas—, “Virgen de las Amarguras”, “Jesús Nazareno” y “Santo Encuentro” —también de Juan y Jesús Blasco, 2019—. Son de destacar, complementando lo anterior, las intervenciones de la Banda de Sahagún en pro de la Semana Santa local en localidades como León —18 febrero 2006—, Valladolid —4 marzo 2006—, Madrid —18 marzo 2006, San Antonio de los Alemanes y 27 febrero 2016 San Manuel y San Benito—, en varias

ocasiones acompañada del Coro Facundino, además de Zamora, Valladolid o Sevilla. También es necesario mencionar que varias bandas de música de otros lugares han procesionado en Sahagún —Unión Musical del Principado de Asturias— el Viernes Santo por la mañana. Una realidad relativa a esta procesión que antaño y como nos indicase nuestro informante “Fortuna”: “era diferente, pues no llevaba música y la banda de música local no participaba tampoco en ella. Solamente lo hacía en las del Jueves Santo y Santo Entierro”.

En segundo término y asociado a lo musical en las memorias, probablemente se puede aludir a la atención a las bandas de cornetas y tambores. Agrupaciones con presencia mencionada por Calvo ya en 1938, como la de F.E.T. JONS que, en la década de los setenta y ochenta del S. XX, activamente colaboraban en Sahagún —Santo Cristo del Perdón, Hermandad de Santa Marta, Gran Poder, todas de León—. Una actividad presente también localidades cercanas,

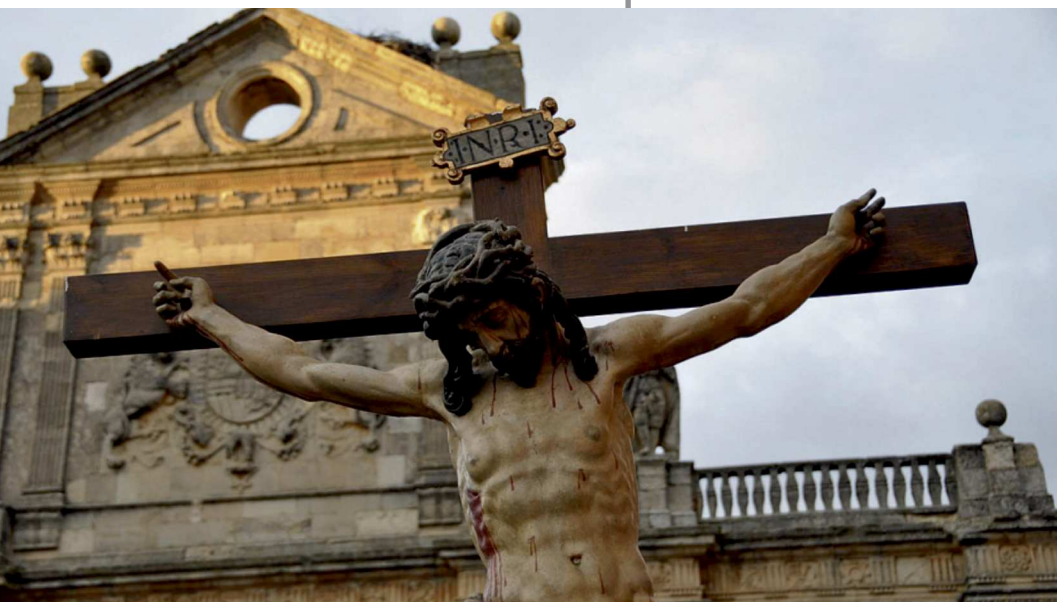
como Almanza —también Santa Marta—. A partir de la década de los 90 comenzaron a participar en esta Semana Santa otras bandas de cornetas, bien capitalinas —el Desenclavo— como de otras ciudades y provincias —Jesús Resucitado, de Guardo—. En los últimos años varios conjuntos instrumentales de este género y también las más completas agrupaciones musicales —casi bandas de música, por lo general “sin madera”— procedentes de diversos lugares cercanos o lejanos de la provincia leonesa y de otros territorios han hecho alarde en Sahagún de su buen hacer. Al igual, varios certámenes de música tradicional de banda —el XIV en 2019— organizados por la cofradía Nazarena y coorganizados o con participación en algunas ediciones de la Agrupación Musical de Sahagún, han llevado también a la localidad nuevas realidades interpretativas, instrumentales y de repertorio. En ocasiones, muy contrastantes a lo habitual en la zona, todo ha sido posible a través de bandas y agrupaciones musicales oriundas

de puntos cercanos o alejados del país.

Lo musical: El repertorio devocional cantado tradicional

Se ha hecho mención en este trabajo a ejemplos cantados de índole tradicional que se pueden escuchar en la Semana Santa de Sahagún. Todos, se sigan escuchando o no, pertenecientes tanto a repertorios litúrgicos como a los propios de la piedad popular, que corresponden a fechas como el Domingo de Ramos –*pueri hebraeorum*–, en otros tiempos el salmo miserere en “las tinieblas” del Miércoles Santo y, el Viernes Santo, varios más. Es el

Viernes Santo. Al igual, en temas cantados, la Coral Facundina y algunas comunidades religiosas han participado y participan de modo activo con sus interpretaciones y repertorio polifónico en diversos momentos y procesiones –Miércoles Santo o Santo Entierro, con la banda cantando el tema “Cristo de la Urna” –. A todo este conjunto sonoro se unirían otras expresiones, más simples y sencillas, de escaso interés musical pero sí con gran significado sonoro funcional e interés etnomusicológico. Entre ellas, además del simple vitoreo de “los quintos”, o los chascarrillos y retahílas infantiles petitorias



caso de perdona a tu pueblo Señor, además de otros del género de los “calvarios”, como “yo también quiero ser cirineo”. No obstante y a pesar de la ausencia de memoria al respecto entre los informantes consultados, el repertorio de uso habitual en la provincia tanto litúrgico gregoriano como de oración devocional cantada, ha estado y está presente en sus expresiones en Sahagún. Es el caso de oraciones cantadas como “la salve”, hoy durante el “Desenclavo”, además del repertorio paralitúrgico de la piedad popular bien recogidos en cancioneros provinciales (Manzano, 1991; Lozano, 1985; Díez, 2014; Campos, 1994). Prueba de lo indicado, es el recuerdo del señor Benito ya mencionado en relación al

pregonadas mencionadas: “una limosna pa Jesús” y las retahílas pregonadas de “la subasta” al igual ya consignadas, podemos mencionar así aquellos cantos algo socarrones que, como se ha indicado a través del contrafactum, cambian su letra y sesgo funcional vinculados al Viernes Santo, como “por las campanas que nos llevaron... perdona al cura...”.

Lo extramusical: sonidos funcionales y organología asociada

Más allá de lo musical, el paisaje sonoro no existiría sin la presencia de otra serie de sonidos, perfectamente reconocibles por los que los han vivido. Estos ayudan a configurar dicho entorno sonoro que arroja muchas de las celebraciones y

Sahagún no es ajeno a esta realidad. Así, a partir de lo mucho ya expresado en el apartado más cronológico y dentro de técnicos términos organológicos, en relación a los instrumentos conocidos como idiófonos podemos traer de nuevo mención a estas líneas en primer lugar a los distintos toques de campana de torre, propios de estos días y celebraciones. Así como al instrumento concreto –“la campana grande” de San Lorenzo– su técnica interpretativa: a “volteo”, el Domingo de Resurrección; “volteo” a “medio vuelo” de “la hora nona” y el, Viernes Santo antes del “enclavamiento”, simple toque como nos indicase en relación al campanario de San Lorenzo nuestro informante “Fortuna” quien, además, ha sido campanero del mismo. Como singularidad nos hizo mención también al tañido propio para los entierros y para convocar a “la subasta”, realizados con la única campana de la Capilla de Jesús. Así como las de los conventos, que llaman al igual a los cultos “cuando es posible tocar” según la liturgia. Se une a este grupo la mención de la esquila y su son, que se usa también para el arranque de dicha “subasta”. En los momentos en que las campanas no se empleaban por precepto y al oficio de tinieblas, otros idiófonos completan el conjunto. Se trata de las carracas y matracas, antaño de “las tinieblas” –e incluido en su grupo la grande de San Lorenzo y que hemos comentado en relación a este acto el Miércoles Santo–, los “botes con cantos” o piedras para ser agitados junto a las anteriores y el golpeteo y el clavando de sayas en la tarima del suelo de la iglesia durante el mismo acto, usando la misma como idiófono ocasional. Hoy la cofradía procesiona carraca y matraca el Miércoles Santo –hechas por Valentín Mon, como me indicase “el señor Benito”– para marcar las paradas en las estaciones del Vía Crucis. En la Procesión del Encuentro uno de los miembros



de la Junta utiliza agitadas también unas castañuelas con mango o tabletas de San Lázaro de madera, para las órdenes de arranque y parada. El Viernes Santo también las hace sonar en la mañana y, en el Santo Entierro, tras escuchar el sonido del llamador de “la Urna” las agita para hacerse oír y detener toda la procesión pues el ritmo lo “manda el paso más pesao”, como nos indicó Leandro A. Luna. Cierran el grupo de idiófonos “el canto” hoy una pieza de madera maciza con la que se golpean las andas de los pasos el Viernes Santo y que sustituyó al simple “canto rodado” o piedra que se utilizaba antaño para ello. Con el mismo se realiza un simplísimo esquema rítmico aleatorio repetitivo, que tradicionalmente ha sido conocido como “toque al canto” por razón obvia y

sirve para dar las órdenes de parada o arranque así como las propias y sonoras andas de madera, idiófono de modo ocasional. La obviedad del origen de la denominación de este toque no demanda mayor comentario. Algo aplicable al sonar de las horquetas en el suelo y a las puertas de la Capilla de Jesús donde, como idéntico idiófono ocasional, se golpean las características “tres llamadas” para la salida de la “Procesión de los Pasos”.

Entre los aerófonos, además de los que se integran en la Banda de Música y en las de cornetas y tambores, es imprescindible mencionar “la trompa”. Más arriba descrita y comentada, además de sus emisiones sonoras más enraizadas en relación a la “hora nona” del Jueves y la procesión del Viernes

Santo, se vincula al Vía Crucis del Miércoles. Se trata de un sencillo instrumento que, debido a su enorme grado de relevancia social local, se reproduce junto al “bombo” en el monumento escultórico que homenajea a la Semana Santa de Sahagún. Este monumento sito en la plaza de San Lorenzo, fue realizado en 2017 por Javier Soto. Al igual, desde hace unos años ha servido “la trompa” para la promoción de la Semana Santa en la provincia—yo mismo la he hecho presente en varios reportajes para la televisión local y varios actos, como mi pregón— y fuera de ella. A Madrid, por ejemplo, se ha desplazado en varias ocasiones mencionadas. Por su interés, en la década de los noventa estimé oportuna su inclusión en la referencial muestra orgánica de la provincia Sones de Ayer (Suárez, 1997 p.18). Completarían el grupo la mención a los “chiflos” o “pajaritos de agua” de la Fiesta de la Ascensión que nos indicase “el señor Benito”.

Por último, los membranófonos están bien representados por “el bombo” el cual, como “la trompa”, de enorme nivel de relevancia social local. Instrumento que en realidad es un interesante tambor decimonónico, de tensado a partir de cuerda dispuesta en zig-zag y con parche de piel. De origen militar, a juzgar por su interesante iconografía heráldica, al procesionar cubierto de tela, oculta esta importante característica pues no se aprecia. Interpreta como particular “toque” un característico esquema rítmico tradicional el Viernes Santo. Consta de diez percusiones, muy similar en su diseño al interpretado por otros homólogos de distintos lugares. Suena también tras el paso del Cristo en el Vía Crucis del Miércoles Santo. ■

Extractado del artículo de Héctor-Luis Suárez Pérez para el libro “Semana Santa de Sahagún. Patrimonio Cofrade”. Cofradía de Jesús Nazareno y Patrocinio de San José de Sahagún (2022, VV.AA.)

PANTONES PAPONES

Carlos García Valverde

Las procesiones de Semana Santa despliegan sobre las rúas leonesas un irisado abanico de túnicas, capillos, capirote, fajines y cíngulos. Los colores de tales prendas y adminículos no son en absoluto anárquicos o caprichosos, sino que responden, en la mayoría de los casos, a directrices de simbolismo litúrgico. Podríamos dividir a las cofradías capitalinas en tres grupos “cromáticos”, por así decirlo, que además corresponden cronológicamente con las diferentes épocas de sus respectivas fundaciones.

Grupo primero: Lo formarían las agrupaciones penitenciales llamadas “históricas” —Angustias, Dulce Nombre y Minerva— erigidas entre los siglos XVI y XVII, que tomaron como base de su indumento el color negro, representativo del luto por excelencia y que se identifica plenamente con el sentido general de la Pasión. Angustias incorpora el oro (o amarillo) en las bocamangas, mientras que Minerva lo hace con el morado, color de penitencia muy vinculado también a las celebraciones pascuales.

Grupo segundo: A mediados del siglo XX aparecen las hermandades de Santa Marta y Jesús Divino Obrero, que rompen con la tradicional austeridad de siglos en las procesiones legionenses, introduciendo el blanco (o cre-



ma) en sus túnicas. La blancura, en sentido litúrgico, representa a Dios y es símbolo de pureza, luz y vida. Santa Marta lo combina con el rojo en capirote, puños y fajín, color que significa sacrificio y, de forma específica, la sangre de Cristo. Los de El Ejido complementan el blanco pureza con el penitencial morado que, como se ha indicado anteriormente, es un tinte muy recurrente y representativo de toda la Cuaresma. Un poco más tarde se erigen las cofradías de las Siete Palabras y El Perdón; en el primer caso, se produce en su indumentaria, por vez primera en León, la combinación de tres tonos diferentes: el luctuoso negro, el rojo sacrificio y la pureza del blanco. Los del colectivo ferroviario, por su parte, escogen el marrón, coloración que no tiene una significación litúrgica concreta, pero que podría identificarse con la austeridad, la pobreza y la humildad evocada por otros hábitos monásticos, como el franciscano.

Grupo tercero: Finalmente, en la década de los noventa del pasado siglo, se produce una explosión cofrade que cristaliza en la erección de hasta un total de nueve colectivos más. Esto genera una especie de “saturación” del espectro cromático, de forma que tal parece que la elección de colores indumentarios, en esta época, está más motivada por la búsqueda de la diferenciación inequívoca que por una clara intencionalidad litúrgica o advocatoria. Así, la Redención elige el rojo sangre para la capucha y el negro luto para el ropón, y los del Silencio “rescatan” la tradicional túnica morada con capirote blanco que ya utilizaran de forma regular los crucíferos

ofrecidos de la procesión homónima. La primera cofradía íntegramente femenina, María del Dulce Nombre, opta también por el hábito negro y completa su atavío con puños, capillo y cíngulo en verde, color que simboliza la virtud de la esperanza. La Bienaventuranza adopta igualmente el fúnebre negro para la túnica y elige el azul para capillo, ceñidor y bocamangas. Este color representa la pureza y la virginidad, asociadas generalmente a la Virgen María, y no parece muy apropiado para un colectivo pasional cuya advocación principal no es mariana, sino cristológica, aunque eso no



signifique que sea ilícito o inadecuado su uso. El Desencravo selecciona el hábito púrpura, color que bíblicamente se identifica con la majestad, la realeza, el poder y el sacerdocio. Para cíngulo y capirote, recurren al negro luto. El Santo Sepulcro se inclina por una radical combinación de negro mortuorio (túnica) y blanco (capirote), este último aludiendo a la esperanza en la vida eterna. La otra cofradía ini-

cialmente femenina (aunque hace un tiempo abrió ya las puertas a los varones) es la de la Agonía, que viste de morado penitencia en su vestidura talar y de oro/amarillo en capuchón y bocamangas. El dorado se considera, en términos de liturgia, un color “polivalente” que puede sustituir a cualquier otro, con excepción del morado y el negro. Por su parte, los del Sacramentado han seleccionado el azul marino para toda su vestimenta, color del que no hemos podido encontrar ninguna referencia o vinculación litúrgica, bíblica o religiosa. La última de las penitenciales leonesas, en

cuanto a su fundación, es la del Gran Poder, que de nuevo recurre al fúnebre negror para túnica, capillo y bocamanga, orlados estos dos últimos por un cordón plateado, color que presenta también el cíngulo y que suele asimilarse litúrgicamente al blanco.■

L A ALDEA GALA

Carlos García Rioja

El resurgir cofrade de la última década del pasado siglo no solo trajo consigo la multiplicación de penitenciales, procesiones, pasos y papones, sino que desplegó un inmenso abanico cultural hasta entonces inédito en nuestra Semana Santa. Aunque antes se habían publicado revistas y libros —esporádicamente, pero de gran calidad—, por entonces el pregón literario, el programa de procesiones y escasos carteles —cuya originalidad también era muy limitada— conformaban el exiguo universo en torno a los desfiles y algún que otro triduo o misa. No había más.

En los 90, el panorama cambió tanto y tan deprisa que llegamos al nuevo siglo con multitud de publicaciones seriadas —algunas, incluso, ampliando el marco temporal de la Cuaresma—, actos de todo

tipo —conferencias, mesas redondas, presentaciones, exposiciones...—, conciertos —algunos con trabajadas escenografías— y certámenes, muchos abiertos a bandas de otros lugares. La eclosión fue tal que, al empeño de las cofradías en la organización de actividades culturales, se sumó pronto el de distintos colectivos o entidades de todo tipo. Incluso se originaron proyectos independientes —así nació esta Guía de la Sebe— y hasta asociaciones que buscaban promover este ámbito de la celebración pasional.

Fue así como nuestra agenda cuaresmal se amplió de tal forma que raro era el día en el que no hubiera «algo». Eso sin contar con las revistas y medios específicos que crecieron al calor de este empuje: publicaciones comerciales, páginas web, foros, programas de televi-

sión y radio... La Semana Santa se comenzaba a vivir a lo largo del año y, lo que es más importante, se hablaba de ella, se debatía, se estudiaba, se opinaba... como nunca se había hecho antes.

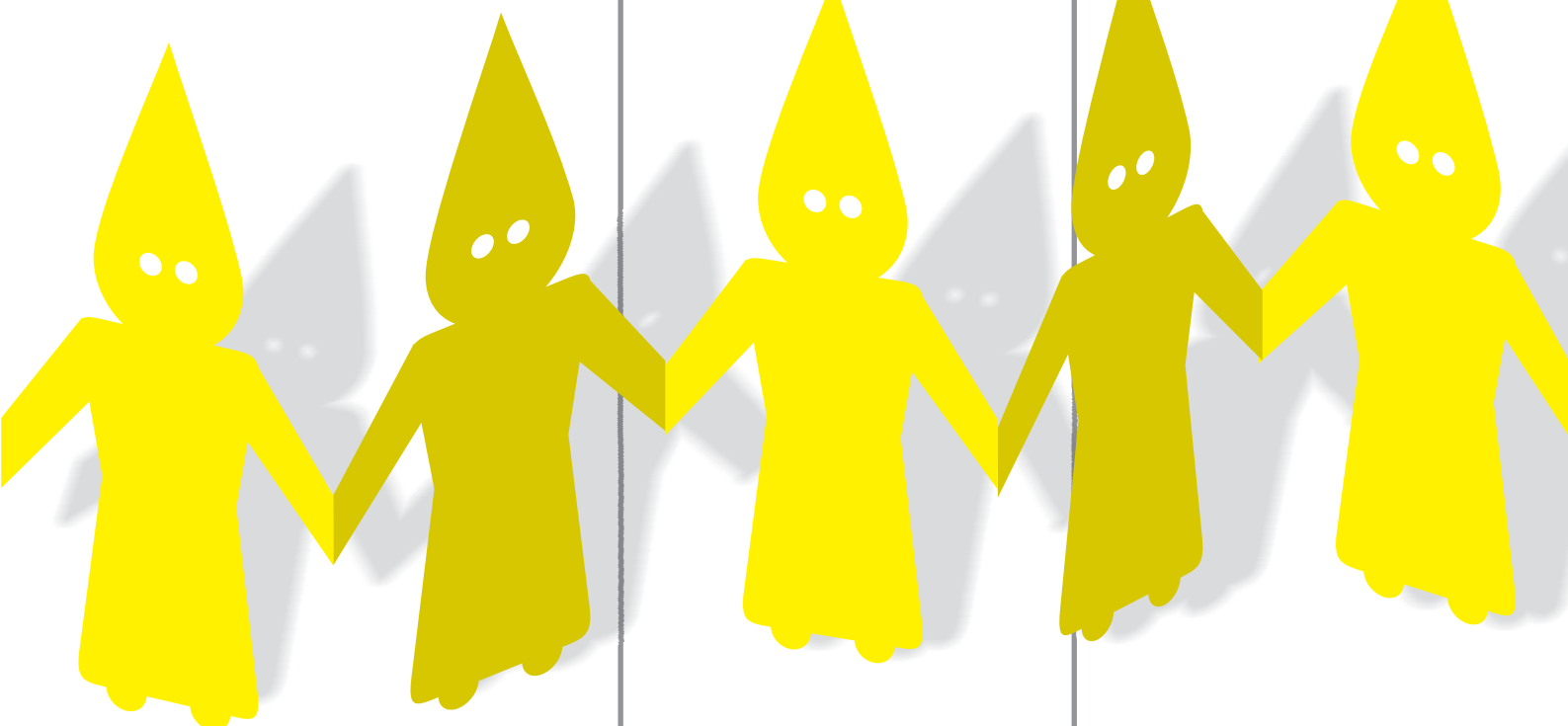
Sin embargo, al menos para alguien que considera trascendental este aspecto de nuestra Semana Mayor —tal vez por ser en el que más ha trabajado—, como cantaban Celtas Cortos, «hoy no queda casi nadie de los de antes» y la Cuaresma cultural leonesa se ha visto reducida a la mínima expresión en comparación con la que fue hace no tanto. Aunque los cultos y veneraciones a las Imágenes se han incrementado y se mantienen los conciertos —muchas veces sin mayores aspiraciones que enlazar marchas y presentaciones, todo hay que decirlo—, poco a poco han desaparecido multitud de actividades que concitaron interés y público a partes iguales.

No es lo único que lamentar, pues capítulo aparte merecen las publicaciones, estas sí supervivientes en su gran mayoría, aunque no son pocas las que continúan viviendo de las 'rentas', ancladas en los años en que nacieron, sin apenas concesiones al cambio —y no hablo solo de apariencia— o a una lógica —y muy necesaria— evolución. No digamos ya incorporar la crítica entendida desde el respeto, como la hubo en otros tiempos. A algunos se nos abren las carnes leyendo revistas que, año tras año, repiten lo mismo cuando —demostrado está— se puede 'repetir' diferente, se puede —se debe— innovar, de igual forma que convendría mimar el producto no pensando únicamente en el consumo instantáneo



o «salir del paso», sino tratando de darle un valor para que perdure en el tiempo.

Y es que también esa asignatura está pendiente: la de dar importancia a cuanto se edita y que no seamos solo un puñado de 'Diógenes' quienes nos preocupemos —con gusto, pero sin ser nuestra responsabilidad— de conservarlo. No es de recibo que muchas cofradías no mantengan cada papel impreso en los últimos treinta años tal y como hemos tratado de hacer algunos.



Aunque, bien es verdad, no todo es negativo. Sin ir más lejos, la cartelera ha mejorado notablemente, en cierta medida gracias al impulso que colectivos como La Horqueta dimos hace ya casi dos décadas con reclamos artísticos dignamente presentados, pues nadie sabía hasta entonces lo que era descubrir uno públicamente. Asimismo, el apelativo cofrade que reclamábamos los horqueteros para los pregones, ha contagiado por fin al oficial hasta el punto de haber elegido ya a varios de nuestros pregoneros para ocupar el atril del auditorio.

Todas estas reflexiones sobre el auge y la decaída de la vertiente cultural de nuestra Semana Santa

me llevan a pensar que, si bien nadie es indispensable, quizá no todo el mundo es prescindible. Un repaso a las iniciativas más sobresalientes de estos últimos tiempos nos conduce indefectiblemente a una serie de nombres y apellidos que, en su gran mayoría, han desaparecido de 'escena' y, con ellos, en muchos casos, los proyectos que realizaban o la calidad con la que los llevaban a cabo.

Fruto de la pandemia, en el mundo laboral se ha comenzado a producir un hecho que los expertos en recursos humanos denominan «la gran renuncia» y que consiste en el abandono voluntario del empleo por, entre otros factores, la desmotivación, la falta de reconocimiento y la búsqueda de estabilidad emocional. Viene a ser —mantienen— una esperada consecuencia del *burn out*, «el 'síndrome del quemado' que diezma la 'profesión' dejando en la cuneta a los válidos y en las riendas a los mediocres». Así lo escribí, en estas mismas páginas, hace ya un lustro refiriéndome a la Semana Santa y ahora me reafirmo e, incluso, lo amplío...

Paralelamente a ese fenómeno, las grandes consultorías estudian ahora otro —le llaman «la renuncia silenciosa»— consistente en «limitarse a cumplir con las tareas justas, sin mayor esfuerzo o implicación» y que, visto lo visto, ya ha hecho mella tanto en las juntas como en la generación posterior a la nuestra, que no ha creído oportuno —a las pruebas nos remiti-

mos— «liarse la manta a la cabeza» como antes lo hicieron, lo hicimos, otros.

A este caldo de cultivo, le unimos además la 'politización' de la Semana Santa, reflejada en el comportamiento de muchos cofrades que creen férreamente en la 'disciplina de partido', tratando de no contrariar a su líder bajo ningún concepto, pero olvidando que discrepar es tan sano como crecer y que los fines comunes deben primar siempre sobre los particulares. En consecuencia, a uno le dan ganas de exiliarse en una 'aldea gala' similar a la de Astérix, resistiendo en lo posible ese pensamiento único que se extiende como una nueva plaga entre quienes se creen más, mejor e infalibles.■

La Semana Santa, como otras muchas áreas de las humanas actividades, tiene su propia jerga, llena de expresiones particulares y privativas que, a menudo, resultan ininteligibles para los profanos. En aras de aclarar un poco el asunto, y para que lugareños y foráneos poco avezados en la lexicografía cofrade le encuentren sentido a esta especie de “dialecto” y disfruten en plenitud de los actos pasionales locales, transcribimos a continuación al román paladino algunos de estos enunciados:

ENTRONIZACIÓN Y PUESTA AL CULTO

Quiere decir que, con la anuencia del párroco correspondiente, van a colgar un cristo en una iglesia donde, sin duda, estará mejor que cubierto con una lona en algún oscuro y húmedo almacén.

SOLEMNE TRASLADO PROCESIONAL

Entronca directamente con el concepto anterior; en este caso, se refiere al transporte del cristo en cuestión, escenificado a modo de desfile, con lo cual una migración que cualquier compañía de mudanzas solventaría en diez minutos, se dilata dos o tres horas, con las consiguientes molestias para el tráfico rodado.

SOLEMNE TRIDUO Y/O BESAMANOS O BESAPIÉS

Se trata de velar durante tres jornadas a una imagen (por ejemplo, el cristo protagonista de los dos apartados anteriores) y hartarla de

lametones—con evidente deterioro de la policromía y posibles efectos tóxicos para los fieles— en la misma iglesia donde se halla dicha figura, para después olvidarla y dejarla de nuevo almacenando polvo y telarañas los restantes 362 días del año.

GALA BENÉFICA “CORNETAS POR...”

Consiste en organizar un sarao para sacar perras con destino a una causa humanitaria, empeño siempre loable. De paso, se aprovecha el acto para lucir uniformes y brillantina capilar e intentar ejecutar algunas partituras pasionales, las más



de las veces con escasa pericia. No obstante, los probos asistentes a este tipo de espectáculos consiguen a menudo una doble indulgencia plenaria: por una parte, la lograda con la solidaria aportación monetaria y, por otra, la del evidente sacrificio auditivo-penitencial que generalmente es soportado estoica y cristianamente por el distinguido público. Todo sea por una buena causa.

TOMAS DE POSESIÓN

Con esta expresión se definen aquellos actos en los que diversos integrantes de la cofradía, que suelen ser casi siempre los mismos o, al menos, de las mismas familias, se intercambian las varas de mando, representativas de otros tantos cargos en la penitencial, simulando cambiar algo para que, en realidad, todo siga igual.

ASAMBLEAS ORDINARIAS Y/O EXTRAORDINARIAS

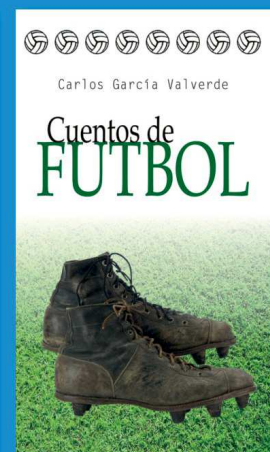
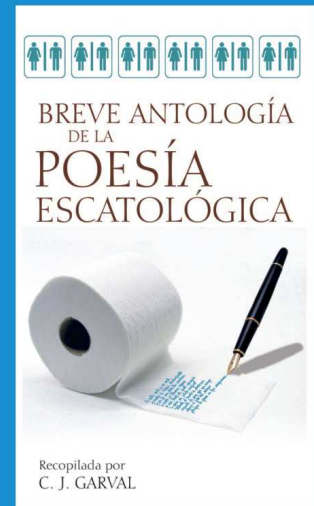
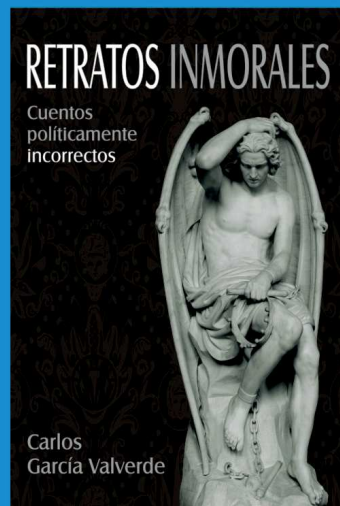
Reuniones o juntas donde son convocados —pero generalmente, no escuchados— todos los militantes de la cofradía convocante a fin de tomar algunas decisiones incumbentes al colectivo, aunque, en realidad, los ostentadores de las varas citadas en el apartado anterior lo suelen tener ya todo decidido y mangoneado, con escaso o nulo margen de intervención ajena.

BENDICIÓN DE LA(S) NUEVA(S) IMAGEN(ES) POR EL PRELADO DIOCESANO

Significa que va a venir el obispo a dar de paso al paso (valga la redundancia) para que pueda circular libremente por calles y plazas. Algo así como una ITV eclesial. ■

N. del A.: Las anteriores elucubraciones tienen como único objetivo arrancar una sonrisa del posible leyente y en ningún caso están orientadas al escarnio o la irreverencia. Pido disculpas por anticipado si alguno de estos párrafos resultan hirientes u ofensivos para alguien y repito que no es esa la intención de los mismos. En este sentido, apelo a la tolerancia, la amplitud de miras y la indulgencia de los lectores.

Regala cultura Regala libros



<https://www.bubok.es/autores/garciavalverde>

LA GUIA DE LA SEBE

REVISTA INDEPENDIENTE DE LA SEMANA SANTA LEONESA

única

www.laguiadelasebe.wordpress.com

